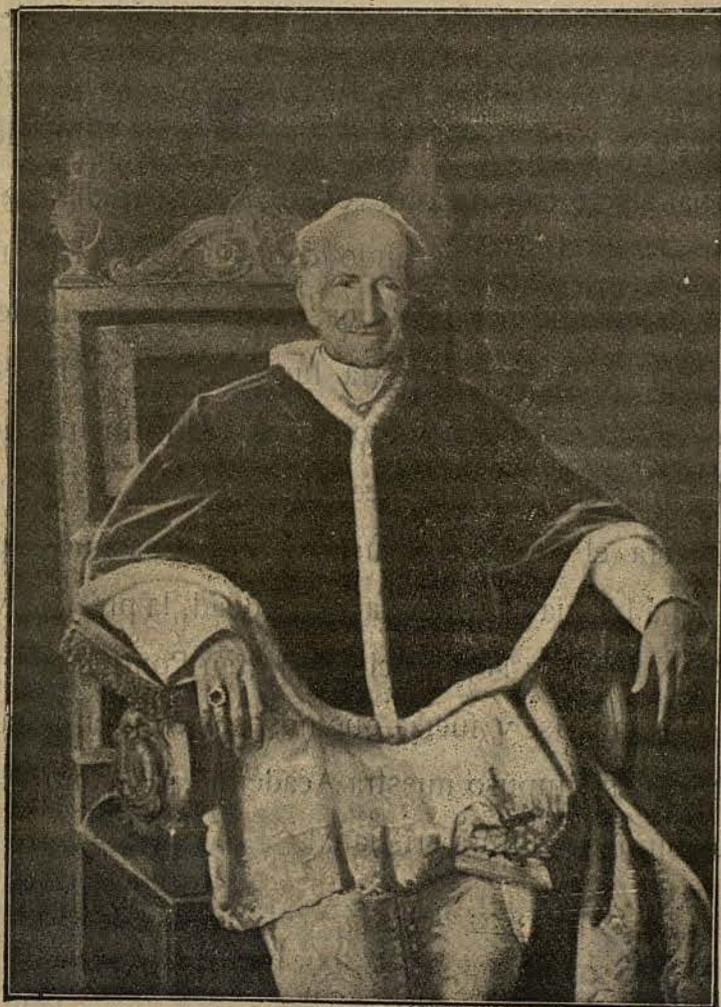


# LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS  
DE BARCELONA



S. S. el Papa León XIII

**N**os complacemos en expresar una vez mas en el presente número de La ACADEMIA CALASANCIA el profundo respeto, la adhesión inquebrantable y amor filial que profesamos á S. S. León XIII, y juntamente el gozo inefable que nos ha producido la espléndida celebración de su Jubileo pontificio en toda la redondez de la tierra; gozo aumentado, si cabe, por la nueva muestra de benignidad y paternal afecto con que otra vez se ha dignado distinguirnos el Padre Santo contestando con su apostólica bendición al telegrama en que, por mediación del cardenal Rampolla, le elevamos nuestra humilde felicitación con motivo de tan solemne acto, según documentos que reproducimos en la adjunta Sección Oficial.

¡Quiera el Señor prolongar por muchos años, para gloria de la Iglesia y bien de la humanidad, la preciosa vida de León XIII, y sea la bendición del gran Pontífice estímulo que nos impulse y fuerza que nos sostenga en la tarea, que años há se impuso nuestra Academia, de contribuir á la difusión de la cultura cristiana!

## **Sección Oficial**

Con motivo de conmemorarse el 25 aniversario de la proclamación de S. S. León XIII, la ACADEMIA CALASANCIA remitió al Vaticano el siguiente telegrama:

«Emmo. Cardenal Rampolla.—Roma.—La Academia Calasancia de las Escuelas Pías celebra el 25 aniversario de la proclamación de S. S. el Papa León XIII, rogando á V. Ema. se digne elevar al Trono pontificio el testimonio de filial amor é inquebrantable adhesión de la misma.—El Presidente, BURGADA Y JULIÁ.—El Secretario, ANTONIO BRUNA.»

En contestación á este despacho se ha recibido el siguiente:

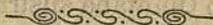
«Sr. Burgada y Juliá, Presidente de la ACADEMIA CALASANCIA de las Escuelas Pías de Barcelona.—Su Santidad agradece su expresiva felicitación y bendice á esa Academia.—M. Cardenal RAMPOLLA.»

Lo que se participa á los señores académicos para su satisfacción.

Barcelona 1.º Marzo de 1903

El Presidente,  
JUAN BURGADA Y JULIÁ.

El Secretario,  
ANTONIO BRUNA DANGLAD



### **Acta de la sesión privada del día 1.º de Febrero de 1903.**

Bajo la presidencia del Sr. Burgada y asistiendo los Sres. Barandiarán, Castany, Codina, Codorniu, Culebras, Durán, Estrada, Fornés, García, Giménez, González, Huguet, Lucena, Llorens, Marcos, Marsal, Martínez (D. R. y D. L.), Nadal, Olivar, Oliver, Palet, Parés, Parpal, Pons, Pontí, Puig, Rodríguez, Rumeu, Sairach, Senillosa, Sánchez, Tapies, Torras, Ziegler, celebróse la reglamentaria sesión después de rezadas las oraciones de costumbre. El Sr. Montllor excusó su asistencia.

Después de leída el acta de la sesión anterior, que fué aprobada, dió cuenta la Presidencia, de haber sido admitidos como académicos aspirantes los Sres. D. Manuel de Catalán, D. José M.ª Durán, D. Antonio Sánchez, D. José Culebras, D. Álvaro Marcos y don Juan Moretó.

Participó también que la Junta había designado al infrascrito para representar á nuestra Corporación en la velada necrológica que en honor del R. P. Ignacio Fiter, celebraría la Congregación de la Inmaculada al día siguiente, y terminado el despacho ordina-

rio, pasó el Sr. Nadal á desarrollar la tesis, ya anunciada: «El sentimiento nacional en la poesía épica del siglo XIX.»

Empezó el disertante con un muy bien escrito prólogo en el que hice resaltar su amor á la Religión, á la Escuela Pía y á la Academia, y añadió que estos sentimientos le habían movido á contribuir con su trabajo á los actos fines de nuestra Corporación.

Después de explicar el objeto de su conferencia, observó que á pesar de haber habido hechos históricos importantes en nuestra patria en el pasado siglo, no hubo poesía épica propiamente dicha. Hizo luego una descripción del desarrollo del sentimiento épico en los pasados tiempos y al llegar á la del siglo XIX, citó en primer término la poesía épica popular debida á autores anónimos. Pasó luego á clasificar á los poetas según sus tendencias en románticos, clásicos, eclécticos, etc., presentando la influencia de la literatura francesa antes de la guerra de la Independencia la cual, dijo, hizo renacer el espíritu nacional.

Después de citar á los principales poetas clásicos y románticos del siglo pasado, estudió la evolución de los románticos que dió lugar al romanticismo degenerado, que describe de modo pintoresco.

Empezó luego el estudio particular de los poetas, por Quintana de quién relató su vida, y afirmó que aunque este poeta cantó á la Independencia no penetró su poesía en el pueblo.

Manifestó que no pudo Quintana sustraerse al clasicismo, y que se nota en él la influencia de Herrera. Sin embargo citó algunas joyas literarias debidas á Quintana de las cuales leyó algunos fragmentos glosándolos y comentándolos luego para hacer su estudio.

En vista de que era muy avanzada la hora, á instancias de la Presidencia el Sr. Nadal dejó para la sesión próxima la continuación del desarrollo del tema que fué muy del agrado de todos los académicos.

Y se levantó la sesión.

Barcelona 1.º Febrero 1903.

El Secretario,

ANTONIO BRUNA Y DANGLAD.

#### **Acta de la sesión privada celebrada el día 15 de Febrero de 1903**

Abierta la sesión, que presidió el Sr. Burgada y Juliá, después de rezadas las oraciones de costumbre, leyóse el acta de la sesión anterior que fué aprobada.

Asistieron los académicos Alomar, Castany, Catalán, Codina,

Castañé, Culebras, Codorniu, Gallardo, Giménez, García, González, Heriz, Huguet, Lemonier, Marcos, Martínez, Nadal, Oliver, Olivar, Parés, Parpal, Pons, Puig, Rumeu (D. y A.), Royo, Sanchez (P. y A.), Senillosa, Soria, Sayrach, Tapies, Torras y el infrascrito.

La Presidencia dió cuenta de haber cesado en la dirección de nuestra Academia el Rdo. P. Pío Galtés, por haberse encargado nuevamente el M. Rdo. P. Antonio Anglada ya repuesto de la afección que padecía, y propuso que constase en acta la satisfacción de la Academia por el interés y desvelo con que durante este tiempo la ha dirigido el P. Galtés, lo que se aprobó por unanimidad.

También dió cuenta; de haberse recibido dos tomos de la obra «El suicidio jurídicamente considerado» por D. Narciso Sicars y Salvadó y de cuya crítica se había encargado al Dr. Parpal; de las condiciones del certamen que celebrará la Sociedad barcelonesa de Amigos de la instrucción; y de las invitaciones para la velada que celebraría la Congregación de San Luis Gonzaga de Nuestra Señora de Belén el mismo domingo por la tarde.

Procedióse luego á dar lectura del siguiente fallo recaído en el certamen organizado entre académicos aspirantes:

«El infrascrito jurado nombrado para examinar los trabajos presentados en el primer certamen entre académicos supernumerarios ha acordado por unanimidad:

- 1.º Conceder el premio al autor de los dos trabajos «Mas vale maña que fuerza» y «Pescador osado.»
- 2.º Distinguir con accésit el título «Noche de reyes», y
- 3.º Declarar fuera de concurso el señalado con el título «La Creación» por no hallarse dentro de las condiciones del Certamen.

El Jurado se complace en manifestar ha descubierto en algunos de los trabajos presentados, cualidades que bien cultivadas pueden ser muy provechosas.

Barcelona 15 Febrero 1902.—*El Presidente*, PIO GALTÉS, *Escolapio*.  
*El Vocal*, JUAN BURGADA JULIA.—*El Secretario*, COSME PARPAL Y MARQUÉS.

Abiertos los sobres que ostentaban los lemas «Más vale maña que fuerza», «Pescador osado» y «Noche de reyes», que eran los de los trabajos premiados, resultaron ser sus autores D. Luis Bruna de los dos primeros y D. Juan M.<sup>a</sup> Pontí del último.

La Presidencia felicitó á los premiados y animó á todos los que habían tomado parte en el concurso, para que siguieran trabajando y tomaran parte en los nuevos certámenes que se celebrarían, ya que en los trabajos presentados se revelaban aptitudes que cultivados pueden dar buenos frutos.

Pidió la palabra el Dr. Parpal, y propuso la celebración de un

nuevo certamen en el que puedan tomar parte los académicos supernumerarios y también los aspirantes acordándose así, y anunciándose que se dejaba el tema á libre elección.

En la última parte de la sesión el Sr. Nadal y Camps, continuó el desarrollo de su conferencia empezando por tratar del poeta don Juan Nicasio Gallego, del cual leyó algunos fragmentos que señaló como modelos de la musa épica y patriótica entre ellos la oda al «Dos de Mayo» hermosa por su entusiasmo é inspiración y por lo bello de la forma.

Citó luego otros varios poetas entre ellos á Arjona del que hace algún estudio; á Espronceda cuya oda «A la muerte» dijo es un modelo de belleza y cuyas otras poesías estudió detalladamente haciendo ver que viene á ser este poeta como tránsito entre los románticos y eclécticos; á Julián Romea poco conocido y que tiene muy hermosas composiciones; y luego á Zorrilla cuya poesía afirma es la más nacional del pasado siglo, pues cantó con estro inspirado á la Patria y la Religión en sus famosas leyendas y sus bellas odas, entre las que nombra la oda «A Granada,» como la más épica de Zorrilla.

Entró luego en el estudio de los poetas más modernos entre ellos Ventura de la Vega y Marqués de Molins, y siendo ya avanzada la hora á ruego del Presidente dejó para la sesión próxima el terminar su trabajo.

Y se levantó la sesión.

Barcelona 15 Febrero 1903.

EL SECRETARIO,  
ANTONIO BRUNA Y DANGLAD.

LA ACADEMIA CALASANCIA honrará el día 8 de los corrientes á su patrono Santo Tomás de Aquino, con una solemne sesión pública, presidida por S. E. el Cardenal Casañas.

El día 15, á las diez de la mañana se reunirá en sesión privada, en la que el académico de número D. Pelayo Martorell desarrollará el tema «Origen de las células».

Se recomienda muy eficazmente á los señores académicos la asistencia á los indicados actos.

Barcelona 2 Marzo 1903.

El Presidente,  
JUAN BURGADA Y JULIÁ.

El Secretario,  
ANTONIO BRUNA Y DANGLAD.

## JOAQUÍN PECCI

En un libro en el cual por antigua tradición se vienen consignando los acontecimientos más notables de la familia Pecci, léese con fecha de 27 de noviembre de 1791:

«Hoy, Luis Pecci, se ha unido en matrimonio con la señorita Ana Francisca Prósperi de Cori. Han acompañado la esposa en coche á Carpineto su madre la señora Mariana Prósperi, el conde Cataldi y otros muchos notables del país. Por este matrimonio se hicieron festejos quince días consecutivos.»

De esta unión Pecci-Prósperi nacieron siete hijos: Carlos Luis, el 23 de noviembre de 1793; Ana Juana Francisca, el 23 de mayo de 1798; Catalina María Filominia, el 3 de noviembre de 1800; Juan Bautista, el 27 de octubre de 1802; José, el 13 de diciembre de 1807 (que fué jesuíta, más tarde cardenal); Vicente Joaquín, el 2 de marzo de 1810 (León XIII), y Fernando, el 6 de enero de 1816.

Véase en qué términos se anota en el libro de familia el nacimiento del sexto hijo:

«2 de marzo de 1810.—A las veintitrés y media próximamente (esto es, á las cuatro y treinta minutos de la tarde) nació un varón, á quien se impusieron los nombres de Vicente, Joaquín, Rafael y Luis. Le apadrinó en las fuentes bautismales monseñor Joaquín Tosi, obispo de Anagni, quien no pudiendo intervenir personalmente, delegó al canónigo D. Jacinto Caporossi. Celebróse la ceremonia en la capilla de la casa del canónigo Cattoni.»

El último de los hermanos del Papa León murió en tierna edad. Al primogénito le hizo conde el mismo León XIII, con derecho de transmitir el título á toda la familia. El cuarto, Juan Bautista, se dedicó exclusivamente al cuidado de su hacienda, morando casi siempre en Carpineto. Y José, que obtuvo la púrpura cardenalicia, murió más que octogenario.

El Papa León XII, que sucedió á Pío VII, dispuso en 1824 la reapertura del famoso Colegio Romano, encomendándolo á los Jesuitas. Inscribiéronse en el mismo año mil quinientos alumnos, siendo uno de ellos Joaquín Pecci, quien hizo los primeros estudios en Carpineto, dando señales evidentes de no común ingenio.

Sintiéndose llamado á la carrera eclesiástica, el joven Pecci empezó en 1829 los estudios de teología bajo la dirección de los PP. Perrone y Patrizi, y correspondiendo siempre á las lisonjeras esperanzas de sus maestros, ingresó el año 1832 en la Academia de Nobles Eclesiásticos, en donde se formaron muchos ilustres Prelados.

En presencia de los padres que vinieron de Carpineto, y del hermano José, á la sazón jesuita, el 31 de diciembre de 1837 Joaquín Pecci celebró por primera vez el santo sacrificio de la Misa en la iglesia de San Andrés, cerca del Quirinal (donde hay el sepulcro de Carlos Manuel IV de Cerdeña), y precisamente frente á la capilla dedicada á San Estanislao de Kostka.

Notorias eran en las oficinas eclesiásticas el talento y los estudios del joven sacerdote, mereciendo que el Sumo Pontífice Gregorio XVI lo nombrase el año 1838 delegado en Benevento, donde dejaban mucho que desear la seguridad pública y el orden en las Administraciones. Poco después, queriendo premiarle por el bien que había obrado rápidamente, lo trasladó á la importante delegación de Perusa, permaneciendo aquí hasta que fué enviado en calidad de Nuncio á Bruselas, de donde no volvió sino cuando el Papa lo creó Obispo de Perusa. Ocupando esta sede, en el Pontificado de Pío IX, asistió á la entrada de las tropas italianas en su diócesis. Fueron muy poco cordiales las relaciones que en aquellos días tuvo con los generales italianos Fanti y de Sonnaz.

A pesar de haber sido creado Cardenal, no salió de Perusa sino cuando Pío IX, poco antes de morir, le nombró Camarlengo en 1877, como si quisiese indicarlo por sucesor; y en febrero de 1878, le eligió Papa el Conclave, tomando

el nombre de León XIII, en señal de gratitud á la memoria de León XII.

---

## ¡VIVA EL PAPA REY!

---

La Iglesia celebra el Jubileo Pontificio como pudiera celebrar una familia las bodas de oro de su jefe, con sin igual júbilo y satisfacción íntima que proviene de una satisfacción intensa, de un placer purísimo, engendrado por el amor y engrandecido por el mismo. El mundo entero se asocia á la alegría de la Iglesia porque todos, católicos y acatólicos, se postran ante la gigantesca figura de León XIII y lo admiran como un coloso sin igual, como un portento, como un hombre extraordinario, y eso no lo realizan sin motivo, antes al contrario lo hacen admirando las brillantes cualidades que adornan al Jerarca Supremo del Catolicismo.

Imaginaba antes mi fantasía al Papa, revestido de todo esplendor y grandeza, veía á León XIII como colosal figura que sobresalía entre todas las grandes de la Tierra, no sólo del presente, sino de los pasados tiempos y de los venideros, aparecía S. S. como un genio sin igual, como un portento de saber y virtud, lo admiraba como sabio, lo reverenciaba como á Vicario de Cristo, lo amaba como Padre.

Eran mis sentimientos los que nacen cuando se quiere al padre y se admira al hombre genial, al enviado del Cielo; eran mis afectos hacia el Pontífice los propios de todo católico que comprende la alta misión del Papado y con tales sentimientos, con tales afectos, me hubiera unido estos días á la alegría de la Iglesia, del mundo entero que festeja el vigésimo quinto aniversario de la exaltación al trono Pontificio de S. S. el Papa León XIII.

Mis sentimientos ya no son lo que hubieran sido en otro tiempo. Fueron transformados, precisamente en el día venturoso, de los más felices de mi vida, de aquellos que no se olvidan, en que vi al Papa, en que besé su mano, en que

rozó ésta por mi frente, en que recibí su bendición, como gracia divina, en que lo vitoreé sin cesar, electrizado, por decirlo así, ante la figura de León XIII.

Ya no puedo leer, oír ó pronunciar este nombre sin levantar mi corazón al Cielo y regradar del favor recibido por haber tenido la dicha de ver, de hablar, de besar á S. S., sin sentir fresca y viva la bendición recibida, sin repetir desde lo íntimo de mi ser aquellos vivas que brotaron de mis labios, al escapar por ellos todo el entusiasmo que mi alma sentía.

¡León XIII!... No es ya el Pontífice solamente, es el Padre, y como Pontífice y como Padre lo veo. Yo le admiro rodeado de su Guardia noble, de su séquito de Cardenales, atravesar en la silla portantina las salas del Vaticano para recibir el homenaje filial, el vasallaje completo de los católicos, yo le veo idealizado en su cuerpo decrepito, casi transparente, como si con él quisiera descubrirnos toda su alma, yo le contemplo en aquel acto sublime en que dejando la tierra se levantaba airoso con majestad sin igual y extendiendo sus brazos hacia lo alto los dejaba caer sobre mi cabeza en forma de Cruz, yo recibo aquella bendición dispensada por el Cielo valiéndose del Romano Pontífice, sobre mí y los seres por mí más queridos.

No, no era un viejo quien daba muestras de una juvenil sonrisa, de un cuerpo fuerte, de una voz vibrante, era un ser espiritualizado, era un alma apenas encerrada en la más diminuta expresión de la materia. Su sonrisa tenía el sello de la de los ángeles, su cuerpo conservaba la fortaleza de los apóstoles, su voz era armonía celeste. León XIII era, es el enviado de Cristo, el nuevo Pedro, con todas las tribulaciones de éste, con todas las prendas que deben adornar á quien por gracia divina debe regir la grey de Cristo.

Aquel acto, aquella recepción pontificia no era no de la tierra, era un preludio de la celeste vida y todos abandonábamos este suelo para con nuestras almas escalar la región eterna. Las lágrimas salían, casi á hurtadillas, incons-



en su jubileo pontificio, asociémonos al júbilo de toda la cristiandad, sigamos sus consejos, estudiemos sus enseñanzas y oremos por él, por León XIII, por nuestro Papa, para que el cielo conserve su vida y le disponga un lugar en el Empíreo entre los escogidos.

C. PARPAL Y MARQUÉS.

## LA ACCIÓN SOCIAL

de la Iglesia Católica en los tiempos actuales

(Conclusión)

Permitidme os haga un ligero bosquejo de lo que ya sabéis, nuestro lastimoso estado social: ¿oís ese clamoreo, mezcla extraña de voces y lamentos, de ayes é imprecaciones, de gritos y blasfemias que amenazador de todos los confines de nuestra tierra se levanta?; ¿sabéis á qué es debido?... á la carencia de moral, á la carencia de religión, á nuestra descomposición social. Se ha procurado por todos los medios corromper al pueblo, y para corromperlo se ha procurado antes que todo engañarlo, y para engañarlo se le ha prometido lo que no se le podía ni debía dar, y se le ha hablado de democracia, de igualdad, de libertad; y el pueblo, ciego, ha seguido á esos falsos demócratas, ha dado fe absoluta á sus palabras, ha seguido sus consejos, y en tanto que ese mismo pueblo de día en día se ha ido embruteciendo y empobreciendo más y más, sus hipócritas redentores se han enriquecido, han comerciado vilmente con los desheredados por la fortuna, con la clase proletaria, con la clase pobre, que por el mero hecho de ser pobre era más digna de consideración, era más digna de respeto.

«Preguntad á nuestros demócratas y reformadores modernos; ¿qué quieren?, y os dirán que quieren pasar el nivel sobre todas las cabezas, para defender la santa causa de la humanidad» (1) y en lugar de la concordia de la unión de la ver-

(1) Balmes, *Protes. comp. Catoli.*, T. II, C. XXII, pág. 38.

dadera fraternidad lo que han fomentado con sus peroraciones ha sido la antipatía de los unos contra los otros, el espíritu de rebelión, la guerra al trabajo, y de aquí «las huelgas repitiéndose continuamente, las sociedades de resistencia sin cesar formándose sin más espíritu ni más doctrina que un odio ciego al capital, las horribles exclamaciones y cantos de exterminio que en sus meetings y reuniones entonan de continuo» (1); y todo ese cúmulo de concausas, forzosamente había de producir sus efectos; y una codicia desenfadada se ha despertado en las masas, «y quitados los frenos del deber y de la conciencia, sólo queda la fuerza que nunca es bastante para contener por sí sola los apetitos de las muchedumbres» (2). Y esos reformadores han ido todavía más allá, y á voces han pregonado que el pueblo debía ser libre; y han querido darle esa mentida libertad, cuya memoria hace temblar á las personas honradas, esa libertad á cuyo nombre se hacen estallar las bombas de dinamita en los grandes coliseos y en mitad de las vías públicas causando sinnúmero de víctimas, esa libertad á cuyo nombre se encadenaba al Augusto Pontífice, por la que se robaban todos los bienes de la Iglesia, por la que el año treinta y cinco hubo la terrorífica matanza de frailes y quema de los conventos, por la que España se ha visto despojada de cuanto tenía; quieren darle esa libertad que más libertad es libertinaje, que más que libertad es vergonzosa esclavitud.

Como acertadamente hace observar nuestro dignísimo prelado en su Carta Pastoral de entrada «las tendencias y espíritu del mundo moderno llamados conquistas del progreso, del liberalismo y de la civilización moderna, no son otra cosa más que lamentables manifestaciones de triste retroceso, de negación de la libertad y de humillante degradación moral, é impropriamente apellídanse progreso, libertad, civilización porque son indignas de cubrirse con un ropaje hermoso las inmundas asquerosidades;» y después añade nuestro amantísi-

(1) Montagué, Discurso acerca la Acción de los Centros Católicos ante la cuestión Social.

(2) León XIII, Encíclica Libertas.

mo purpurado desligados de toda idea de orden y moralidad, porque prescindien de Dios, de Dios principio de donde dimana toda verdad y en el que se funda todo orden moral, andan desatentados nuestros ilusos reformadores, y el término de su desdichada labor es, como no podía dejar de ser, el desorden y malestar social.»

Vuestro enemigo es nuestro amo, se ha dicho al obrero, vuestro enemigo es el propietario, vuestro enemigo es el patrono que posee una fábrica y la llena de esclavos del salario, vuestro enemigo es el Estado, vuestro enemigo es toda abstracción de la autoridad, llámese demonio ó Dios, nuestro enemigo es la ley (1).

¡Oh señores! ¡qué hermosa colocación para regenerarnos!

Por otra parte se ha procurado que todas las grandes masas trabajadoras, entrasen á formar parte de esas sociedades de solaridad y unión, para que al estallar, las más de las veces por fútiles pretextos, las huelgas y algaradas públicas, poder forzar á los que tranquilamente ganan el sustento con el sudor de su frente á que abandonen el taller, á que abandonen la fábrica, y se unan á sus compañeros; y el operario ve entónces como, á su pesar, la miseria entra por la puerta de sus viviendas, y que no puede llevar ni un cacho de pan á su mujer y á sus hijos que con avidéz lo esperan, y sólo oyen la voz de sus desalmados explotadores que como el anarquista Bakonine claman: «nuestro fin es la destrucción terrible, completa, implacable, universal. Nosotros debemos acostumbrarnos á la vida de los malhechores y asesinos porque éstos son los verdaderos y únicos revolucionarios» (2); y entónces se les da libertad, libertad para todo hasta para morir de hambre, libertad para todo menos para vivir en sus hogares cristiana y honradamente.

## VI

No quiero abusar más de vuestra benévola atención, y así pasaré por alto el cuadro triste que nos ofrece la niñez des-

(1) Manifiesto anarquista del Congreso de Ginebra 1882.

(2) En su Catecismo revolucionario.

amparada, y otras muchísimas escenas que pudiera á vuestra vista presentar. Para terminar réstame tan sólo indicar la acción social de los católicos para poder atajar tanto mal como á nuestra patria aflige.

Como observa nuestro sapientísimo obispo-cardenal en el documento ya citado «no es digno de la hidalguía española y menos de un buen católico, que contemplemos impasibles, como sufre violencia la Iglesia y se va descomponiendo el cuerpo social.» Así pues, urge que los católicos salgan de la actitud pasiva que en general observan, que trabajen con mayor entusiasmo en bien de la Religión y de la patria, que arranquen la máscara á esos falsos redentores de la humanidad y los muestren á las muchedumbres tales como son, que inculquen los principios del bien y de la verdad, no tan sólo al obrero, sino á todas las clases sociales, y así la acción de la Iglesia, y al decir Iglesia me refiero á todos los que adoramos al mismo Dios y profesamos las mismas creencias, resultará altamente eficaz, habrá regenerado nuestra actual sociedad.

Fácil es conseguirlo y muchos son los medios que en nuestras manos están: en primer lugar procuremos reine entre nosotros la más estrecha unión y cordialidad; después acerquémonos á los obreros y enseñémosles el camino de la virtud, enseñémosles á orar, á amar á Dios, creémosles escuelas nocturnas y de días festivos, fomentemos la unión entre ellos por medio de centros católicos y santas hermandades; recojamos á la niñez é instruyámosla cristianamente; mas no debe parar aquí nuestra acción; debe ir más allá, y en la prensa, en la tribuna, en el foro tenemos otros tantos caminos abiertos que debemos aprovechar: infiltremos nuestro espíritu en todas partes; trabajemos sin descanso; y finalmente, á semejanza de los católicos alemanes, unámonos en apretado haz, é instruyamos un nuevo partido, que alejado de toda tendencia política, su único fin sea la Religión, y tenga sus representantes en los municipios, en las asambleas, en el mismo Congreso, para que allí tengan sus defensores los altos intereses de la Iglesia.

La Fe en nuestra patria no ha muerto y no morirá mien-

tras se alcen majestuosos los riscos de Covadonga y Montserrat: la Fe no ha muerto; pero es necesario que todos los católicos aunemos nuestras fuerzas para hacerla revivir, para hacer que sea más lozana y más llena de vigor, para hacer que nuestra sociedad regenere, para que nuestro pabellón sea como en otros tiempos fué el que con su sombra amparaba los derechos de la Iglesia, para hacer que nuestra patria torne á deslumbrar con sus resplandores de gloria y de grandeza, para que nuestra patria de mañana sea igual á nuestra patria de ayer, para que en fin, nuestra España, sea siempre la España católica.

HE DICHO

## EL REINO DE ASTURIAS SEGÚN LOS ROMANCES (\*)

(Continuación.)

### V.—LA LEYENDA DE BERNARDO DEL CARPIO

Los gloriosos principios del gobierno del Casto rey obscurecieron y apesadumbraron su ánimo con una afrenta inferida á su real familia. Su hermana la infanta D.<sup>a</sup> Jimena, más hermosa que recatada, más bella que honesta, olvidándose del respeto que se debía, aceptó las lisonjas de Sancho Díaz, conde de Saldaña, y sin reparar en su honor, dando libertad completa á su desenfrenada pasión

Muchas veces fueron juntos  
Que nadie lo sospechaba  
De las veces que se vieron  
La infanta quedó preñada (1)

casándose clandestinamente.

Supo el rey la deshonor de su hermana y mientras encerraba á ésta en un monasterio donde expiara su falta, llamó al conde á Cortes, en León, á las cuales acudió como buen

(\*) Véase pag. 195 de este tomo.

(1) R. 619.—8 Wolf.

vasallo, celoso de no incurrir en la pena de traición, y una vez en la ciudad, Alfonso mandó prenderlo y encerrarlo en el Castillo de Luna. Comprendiendo su falta sometióse á las órdenes de su monarca el desdichado Conde, no sin suplicarle antes atendiese y protejese al bastardo fruto de aquellas ilícitas relaciones (1).

Era hijo de su hermana, corrían por las venas del mancebo su misma sangre, desventurado niño, quedaba sin amparo, y el rey, así comprendiéndolo, juntando á la justicia para los culpables, la misericordia para los inocentes, acogió bajo su protección, y colmó de caricias al inocente Bernardo, lindo mancebo criado en Asturias y llevado más tarde á los palacios reales para ser amado, como hijo propio, por su tío natural, admirado de ver tanta precocidad é ingenio en el tierno infante si de gran corazón é inteligencia

De hermoso cuerpo y cara

Hombre de buena palabra

Muy bien hombre de á caballo

Si en todo el reino le había

Gran lanzador de tablados

Con esfuerzo y gallardía (2).

Así vivía Bernardo, amado de los cortesanos, querido de sus amigos, acatado por sus iguales, cuando la indiscreción de su buena aya, Elvira Sánchez, afligida, al notar la tristeza del mancebo por creer en su bastardía, le reveló el secreto de su nacimiento y del casamiento de sus padres. ¡Cuánta aflicción entonces la del buen hidalgo, qué desesperación la suya! Bañando con lágrimas abundantes su varonil faz, mordiéndose los labios, jura libertar á su padre (3), que gemía en dura cárcel, aumentando su pena el temor de que su hijo le odiara ó desconociera.

Mas ¡cuán lejos está de la verdad el temor del desventura-

(1) R. 620, 621 y 622.

(2) R. 623.

(3) R. 624.

do conde! su hijo, una vez conocido el secreto de su nacimiento, ya no tiene otra idea que dar libertad á su padre y suplicante, con sencilla y sumisa ternura la solicita de su rey, ante el cual se presenta vestido de luto y derramando lágrimas de dolor. Oye el monarca la súplica de su protegido y la desecha prohibiendo la repita nuevamente.

Ca sabed que os pesaría  
Et yo juro y os prometo  
Que en cuantos días yo viva  
Que de la prisión no veades  
Fuera vuestro padre un día.

¿Y qué ha de hacer Bernardo al oír la obstinada resolución de Alfonso sino acatarla y obedecerla? Es fiel vasallo, es leal servidor y tal se demuestra al replicarle con tristeza

Señor, Rey sois, y haredes  
A vuestro querer y guisa

Ca yo nunca dejaré  
De serviros todavía (1).

¡Hermoso ejemplo de la más alta obediencia! En él descubre el historiador la perfecta sumisión de los buenos súbditos á su rey, en él se ve la alta estima con que considera el español á su monarca; genuinamente nacional este romance, lleva el aire todo de nuestras buenas costumbres de la Edad Media, sin mezcla de las extrañas. El principio monárquico nunca extinguido aunque amenguado en ciertos momentos, preséntase aquí en todo su esplendor y lo avasalla y domina todo; nuestra raza demuestra el respeto que le inspiraba, cuando lo sobrepone á lo que era para él sacratísimo, el hogar doméstico, la familia; nuestro pueblo quiso hacer patente su obrar altamente patriótico y por esto en boca de un lastimado mancebo, personificación ideal de la raza, tipo perfecto de su modo pone aquellas palabras de sumisión perfecta. El rey no accede á la súplica, no satisface las exigencias del corazón, hasta, si se quiere, vuélvese tirano, pero

(1) R. 626.—9 Wolf.

qué importa si no deja de ser rey y en él ve Bernardo, ve el pueblo, el representante de Dios, el poder constituido, que deben acatar siempre, á no ser que el interés de la patria, la defensa de ésta exija la desobediencia.

Y por sí no bastaran las palabras, por sí no hubieran bastante con éstas, vienen los hechos á confirmarlas; Bernardo vence al rey Ores de Mérida, libertando con ello de la derrota y la prisión al Casto (1) y nuevamente lo libra del cautiverio derrotando al rey moro de Badajoz, Almeza ó Alzamán (2), humillando más tarde al francés D. Bueso que intentaba internarse en los dominios españoles (3), no pidiendo otro premio á sus triunfos y hazañas que la libertad de su padre. Pero el rey, cada vez más inflexible, si bien le daba esperanzas, nunca las satisfacía, nunca accedía á los deseos de Bernardo, el cual no por esto dejaba de hallarse fiel á su rey, en el cual tal vez no podía ver al misericordioso monarca, pero sin que por esto dejase de serlo y por ello tenía derecho á la sumisión de sus súbditos. Así pensaba nuestro primitivo pueblo y así fué como pudo reconquistar á los árabes los territorios perdidos, viendo en la monarquía el núcleo del Estado y causa principal de su conservación y acrecentamiento (4).

No siendo bastante el recuerdo que Bernardo hace al rey de sus campañas en defensa de éste, no siendo suficiente el que le sirva constantemente en la guerra para obtener lo que anhelaba su corazón acude á la reina en demanda de su intercesión para súplica tan justa, y ésta, como señora y dama, se interesa por Bernardo. Y he aquí reflejada otra costumbre de aquellos tiempos. El romancé, como afirma muy bien Durán, presenta una escena de noble caballería (5); no es atrevimiento el de Bernardo acudir á la reina, lo hace en uso de un perfecto derecho, se lo conceden las leyes de caballería;

(1) R. 628.

(2) R. 629.

(3) R. 630.

(4) Milá. Oración inaugural.

(5) Nota al R. 634.

vencedor en un torneo, en el cual interviene á instancias de la reina, pide á ésta el galardón de la victoria, es un derecho que tiene y un deber de la esposa del rey el cumplirlo, y por esto acude la dama á éste pidiéndole le entregue al conde de Saldaña, obteniendo por respuesta la negativa más rotunda, pues se preciaba demasiado de casto y era demasiado agreste para ceder á ruegos de mujer, empezando Bernardo á exasperarse ante la injusticia del rey cuando acuerda ir á él

A suplicarle de cabo

Le diese á su padre el Conde

Y si no desafiarlo (1).

Nuestro pueblo caballeresco de entonces se complace en presentar, en esta primera parte de la leyenda de Bernardo, escenas patéticas en las cuales la heroicidad es víctima de la injusticia preponderante; preséntase, tal como es, bueno y obediente, hasta apurar con creces el cáliz de la amargura; no admite se le tache de desleal; prefiere más sufrir que sublevarse, hasta que cansado de tanta obstinación é injusticia, harto de tiranía, resiste al monarca, al verse despreciado por él, de una manera noble; al monarca que se divorcia del pueblo porque no participa de sus generosos y morales afectos, al monarca que no sabe premiar las proezas ni prodigar laureles á los valerosos caudillos.

COSME PARPAL Y MARQUES

(Se continuará)

## UN SÓLO AMOR (\*)

Todos los días se encontraban á la misma hora y en la misma calle. La casualidad hizo que dos seres llegasen á quererse entrañablemente y que el amor se filtrara por entre los

(1) R. 634.

(\*) Trabajo leído en la sesión pública celebrada por la ACADEMIA el día 1 de Febrero de 1903.

pliegues del corazón de cada uno. Lo que empezó por casualidad y continuó por curiosidad, acabó convirtiéndose en llama devoradora que tenía que acibarar la existencia de seres nacidos para amarse.

Daban las nueve en el reloj de una iglesia próxima, cuando ella le distinguía á él con su paso apresurado y aire de ensimismado, y él la distinguía á ella en lontananza, bajando por la ancha calle con su pasito menudo y breve; él se dirigía á la Universidad y ella al Colegio, ambos se encaminaban á un mismo objeto: á instruirse y educarse. Al principio sólo se miraban como por curiosidad atraídos por el ruido de las propias pisadas, y cruzaban sus ojos con la indiferencia de dos transeuntes que se examinan un momento, pero nada más. En el porte de él se advertía al joven estudioso y aplicado, de carácter serio, grave y formal, más propio de un hombre de cuarenta años en que las ilusiones van desapareciendo como por encanto, que de un joven de diez y nueve en que la imaginación le hace ver dicha y felicidad en todas partes y en que la halagüeña esperanza es el solo alimento de su alma.

Alfredo, que así se llamaba el joven, le parecía que la dicha y la felicidad del hombre sólo estaban en poseer la mayor suma de conocimientos, en profundizar y aprenderse las obras de los grandes pensadores de la humanidad, en una palabra en ser *sabio*: he aquí su ideal y su constante aspiración; filósofos y literatos eran sus únicos amigos, y los nombres de los primeros por una parte y de los segundos por otra, estaban escritos en letras imborrables en su memoria y formaban las siluetas más queridas y apreciadas por Alfredo que ocupaban constantemente su imaginación y su pensamiento; criado en el estudio y para el estudio, dedicaba todas sus energías y fuerzas á él, correspondiendo así á los consejos de su buen padre. Absorto en sus aficiones científicas y literarias, no había para él más mundo que sus libros.

Jamás le pasó por la cabeza que la felicidad del hombre pudiese estar encerrada en el corazón sensible de una mujer. Acostumbrado á estudiar el mundo y á todos sus seres como lo estudian los filósofos, es decir en conjunto, buscando sus

orígenes y su fin, investigando causas y principios; para él la mujer no era otra cosa que uno de tantos seres confundidos en el universo que pregonan las glorias y la sabiduría del criador; bien había leído en los poetas, que la mujer es el resumen de las bellezas creadas, que es la síntesis de las maravillas de la naturaleza, que es el manantial más fecundo para las bellas artes, que es el ser de más elevados sentimientos, que vale más una buena mujer que el mundo entero, todo esto se lo sabía de memoria Alfredo, pero no le impresionaba, considerábalo fruto de la fogosa imaginación de los poetas, y se acordaba de que:

Todo es del color  
Del cristal con que se mira.

Así no es de extrañar que lo que hubiera llamado poderosamente la atención de otros jóvenes y les hubiera parecido una especie de visión fantástica y atractiva pasara desapercibido para él. Esta indiferencia y ensimismamiento agradóle á ella que cada día lo encontraba más formal y más *hombre*.

Así pasaban los días, lo que hizo que la costumbre les impulsase á curiosearse uno á otro, á él empezó á llamarle la atención aquella joven que apenas contaría unos diez y ocho años, con sus ojos expresivos y azules, que parecían girones de aquel cielo sin nubes que los cobijaba, aquel cuerpo delicado y esbelto, aquella sonrisa encantadora que se extendía por todo su semblante, denotaban precocidad y viveza. No tenía el porte rumboso y juguetón de la mujer coqueta, siempre dispuesta á llamar la atención del transeunte, ni el aire de la modistilla, cabeza de pájaro para el amor. Todo su porte modesto y sencillo, indicaba un aire de distinción y esmerada educación. Ella á su vez advirtió en el joven singular mesura y seriedad, por lo que la entremetida curiosidad empezó á llamar á las puertas de su corazón mujeril para investigar algo de aquel ser que cada día cual ángel protector que vela por su existencia se deslizaba ante su vista. La repetición del encuentro les hizo ser amigos, no llegaron á cambiarse saludo ni á decirse palabra; pero se alegraban de verse. ¡Ahí

viene! pensaban al divisarse de lejos y ¡adiós! con los ojos.

Si alguna vez se retrasaban uno ú otro y no se encontraban en el camino, sentía cada cual una instintiva inquietud. Al día siguiente al hallarse, mirada más detenida. ¿Quién será? se preguntaban para sí, al distinguirse. Pero su curiosidad no rebosaba los límites de esta interrogación, sin respuesta. Su atracción tenía un punto diario de contacto en su respectiva mirada.

Entre tanto Alfredo se iba haciendo hombre y llegaba al final de su carrera, pero á su vez sentía ya una especie de malestar, le faltaba algo y en su corazón había un vacío, un vacío grande, muy grande, vacío que no podían llenar sus profundos conocimientos, ni la lectura y meditación de los grandes filósofos que antes tanto le satisfacía, y es que Alfredo sin advertirlo él, había sido herido por punzante flecha hábilmente tirada por la casualidad. Entónces fué cuando al encontrarse cada mañana con Margarita, (pues él ya sabía su nombre por confidencias de un amigo), se fijaba más en ella, haciéndola objeto especial de sus estudios; cada día la encontraba más bella y más encantadora, cada día le parecían más dignos de atención aquellos diminutos pies, y aquel rostro reflejo fiel de un alma candorosa y pura y Alfredo la veía grande y elevada coronada con la brillante diadema de todas las virtudes engarzadas en ella por mano de los mismos serafines; Alfredo comprendía ya que todo el manantial de su futura felicidad estaba en ella y sólo en ella, ella Margarita sería el arca santa en que descansaría el corazón de Alfredo, con ella compartiría sus goces y sus dolores, sus alegrías y tristezas, ella criatura inocente y virtuosa le ayudaría á él á ser bueno, ella sería su Angel de la Guarda, á ella narraría las cuitas y sufrimientos morales de su alma, para que cual experto conocedor del corazón humano las curase con el bálsamo de su dulce palabra y adecuados consejos, esto pensaba Alfredo en sus ratos de ocio y esto había ido á pedir á la Virgen más de una vez, para que amándose el uno al otro y protegiéndose mutuamente, y ambos amando á la Virgen ésta los cobijara en su manto maternal, les librara de las seducciones

del mundo y así pudiesen después ir á cantar las alabanzas á la Madre del Amor Hermoso. Todo esto hacía que Margarita fuese ya el objeto que ocupaba constantemente la atención de Alfredo.

Ella á su vez advertía esa especie de despertar de él y sentía también ese algo que estaba punzando el corazón de Alfredo. Así como el sol al despuntar por oriente obliga á las tinieblas á retirarse y comunica alegría, vida y actividad á la naturaleza toda que se levanta de su letargo á impulsos de los rayos solares, así también en Margarita á la vista de él huían de su corazón las sombras de la tristeza, y su alma se veía inundada de gozo y satisfacción, que no sabía por que los sentía, pero lo sentía desde lo más íntimo de su alma por que allá en el rincón más secreto de su corazón había ya erigido un altar al objeto de su cariño. Aquellos dos seres que antes tantas veces se habían pasado por el lado sin casi mirarse, ahora les parecía poco que los ojos del uno se cruzasen con los del otro para comunicarse con su mirada los secretos más íntimos de su alma. Eran dos almas que se comprendían y se hablaban con un lenguaje mudo y misterioso, con un lenguaje íntimo y puro, con el lenguaje del corazón.

\* \* \*

Era al caer la tarde de un día lluvioso y pesado, día en que la espesa niebla y la menuda y continua lluvia molestan al transeunte, en que la luz es poca y las rachas de viento se suceden constantemente, y en que la atmósfera parece saturada de profunda melancolía, todo lo que dejaba traslucir en sí un tinte de tristeza y amargura indescriptible, tristeza y amargura que no tiene punto de comparación con la que sufre el corazón de Alfredo, éste acaba de llegar á su casa pintado en su semblante la desesperación y la fiebre, todo su rostro indica que pasa algo anormal en aquel ser, su cabeza caldeada muestra que en aquel cerebro hierven diversidad de ideas, sí lúgubres unas, tétricas las más y todas ellas de presagios tristes y funestos, sus ojos están húmedos, su cara amarillenta,

su corazón late con la rapidez y vehemencia no acostumbrada, apenas si puede articular palabra, en todo él se ve una situación violenta que no puede prolongarse, sus ojos miran por doquier, pero no ven el objeto buscado, Alfredo sufre, sufre mucho, su alma se empequeñece y no puede soportar tanta pena, Alfredo alza los ojos al cielo y se deja caer abatido en su mesa de estudio al mismo tiempo que se ven rodar gruesas lágrimas por sus mejillas.

¡Pobre Alfredo!... No había remedio, todo era inútil; todas sus ilusiones y ensueños habían sido arrancados de raíz; se le acababa de decir, por un íntimo amigo de la familia de la joven, el carácter y las pretensiones del padre respecto á su hija. Era éste un banquero de la población de M. hombre millonario al mismo tiempo que ambicioso, y quería para su única hija, no un joven honrado, no un joven que la amase, no un joven que la amparase y protegiese y la hiciera feliz en esta vida, todo esto le preocupaba poco, quería títulos nobiliarios, quería adquirir nuevas fortunas con la encubierta venta de su hija para que con ella pudiese adquirir más prestigio y más importancia.

Estos antecedentes habían hecho el efecto de una descarga eléctrica sobre la situación moral de Alfredo, habían cortado las venas de sus ilusiones y ensueños y habían paralizado los nervios de la esperanza para conseguir su objeto idolatrado. Por esto no es extraño que le produjera tan hondo dolor el recibir aquella misiva de su amigo, pues por ella veía ya imposible poder obtener á aquel ángel de candor y hermosura que había hecho vibrar las cuerdas más delicadas de aquel corazón dedicado antes todo al estudio de filósofos y literatos.

Pero Alfredo medita sobre el hecho que está torturando su alma, reflexiona en su interior sobre su situación actual y futura, ¿qué iba ha hacer separado de su ídolo? Alfredo se acuerda de aquellos dichos días en que su alma gozaba contemplando á aquella joven, se acuerda de aquellas mañanas en que no tenía más pensamiento que sus estudios, entónces era feliz, ahora... ahora veía una barrera infranqueable entre su

desgracia y su felicidad, Alfredo lucha, en su corazón se trababa titánico combate, quiere por una parte, olvidar aquél pasado, quiere ahogar su sentimiento; su inteligencia se impone; pero por otra quiere realizar su amor, quiere conseguir su ideal, quiere ver completadas aquellas expansiones de su alma candorosa en aquellos felices encuentros: su corazón le domina. Se presenta los argumentos en pro y en contra de una y otra cosa, y su alma duda, vacila en resolverse. Ella le amaba era verdad y él la idolatraba también era verdad, de súbito se animaba para revestirse de valor, pero en seguida volvía á caer en una especie de abatimiento profundo.

Por fin la inteligencia se sobrepuso á aquel sensible corazón y Alfredo determinó olvidar aquel amor que el tiempo cuidaría de borrar, y decidió dedicarse al estudio para poder ausentarse de aquella población que tan fatal le había sido.

Él marcharía de allí, pero dividiéndose por que si bien el cuerpo marcharía, su alma, su alma se quedaba allá siguiendo siempre la sombra de su Margarita. Alfredo se preparaba para las oposiciones, estudiaba sí, pero sufría, sufría mucho al pensar que amaba y era amado. La vida se le hacía pesada é insoportable.

Encima de aquella mesa de estudios que le recordaba tantos y tantos triunfos en las aulas universitarias, encima de aquella mesa que ratos tan placenteros había gozado, profundizando las obras de los filósofos, ahora estaba triste, y sus ojos denotaban un triste melancólico y lúgubre, fiel exposición del estado de su alma; él recordaba su pasado y su futuro, y lloraba, lloraba amargamente.

\*  
\*  
\*

Un día recibió la siguiente carta:

Sr. D. Alfredo N.

Muy señor mío: En vano he esperado día tras día y mes tras mes, para que cumpliese V. la promesa que con sus ojos fiel expresión de su alma tantas veces me había hecho, en aquellos encuentros de nuestros mejores días, V. sabe que le

amo y le amaré siempre. He suplicado á papá y creo he ablandado su corazón, tenga V. valor y acuérdate de que Dios ayuda á los que van con intención recta.

Suya siempre

#### MARGARITA

Alfredo leyó y releyó esa carta, y derramó sobre ella copiosas lágrimas, lágrimas que eran verdaderas perlas engarzadas en la corona de amor que ambos habían tejido. ¿Pero qué hacer? Si eran inútiles todos los pasos que se dieran. Alfredo sabía que el banquero era hombre orgulloso, que el mundo le parecía pequeño para su ambición y no acordándose de su oscuro origen todo le parecía poco, que envanecido con su dinero no tenía más corazón, ni sentimiento ni más Dios que sus montones de oro, no consideraba él que si bien la mundana riqueza se nos presenta atractiva á simple vista, á poco que la estudiemos veremos la podredumbre que encierra, no consideraba que aquellos montones de oro que ahora tanto codiciaba, tal vez al cabo de tres años ya para nada le servirían y con todo su dinero no podría impedir la rápida llegada de la implacable muerte que se apoderaría de él. Y entonces, ¿qué es tanto sufrir? ¿qué de tanto ambicionar? ¿para qué le serviría todo esto que tantos sufrimientos le había ocasionado? tal vez, tal vez para su eterna condenación.

Alfredo que sabía todo esto no veía pues modo de saciar la codicia de ese hombre. Él sólo le podía ofrecer su talento, sus profundos conocimientos, su bondad, su honradez, el cariño y la felicidad para su hija; pero esto no era nada, absolutamente nada para aquél que no reconocía más ídolo que su dinero. Alfredo lo consideraba pues todo inútil. Pero ella, ella el ensueño de sus ensueños se lo pedía y se lo pedía con insistencia, qué no hacer por aquel ángel de candor que más que persona humana parecía un querube desprendido del cielo. Alfredo confiando y desconfiando á la vez, animado y desanimado, entre dudas y zozobras, entre el querer y el no querer se decidió á arrastrarlo todo, todo lo sufriría por ella, sólo por ella; que se vería despreciado, insultado, que no lle-

garian á comprender su fin noble y elevado, que harían burla de su amor, no importa se dijo para sí, el que ama no reconoce dificultades.

\*  
\*  
\*

Al día siguiente Alfredo estaba en casa del banquero de M. quién si bien le recibió en su presencia, no respondió á ninguna de sus preguntas, contentándose con decirle en tono muy áspero después que Alfredo hubo terminado: «Qué pensaría en ello y ya le escribiría».

Alfredo si había ido á aquella casa con el alma fría, se marchó con el alma helada; ¿Qué le respondería el banquero? Su inteligencia le decía que recibiría una respuesta negativa, pero su corazón se lo hacía ver todo de color de rosa, le parecía imposible que hubiese un hombre capaz de causar tanta infelicidad y amargura.

\*  
\*  
\*

Al cabo de mucho tiempo recibió la siguiente carta:

Sr. D. Alfredo N.

Muy señor mío: Respecto á la visita que V. me hizo, he de manifestarle que mi hija ha de volar en regiones mucho más altas de las que V. le puede ofrecer, por consiguiente me veo en la precisión de decirle que no vuelva V. á insistir por ningún medio en sus atrevidas aspiraciones. Mi hija está mala, muy mala de la flecha que V. en mal hora lanzó, y piensa que antes quiero ver á mi hija muerta que casada con un hombre de más baja condición que yo.

«Con todo siempre suyo

JAIME N.»

¡Pobre Alfredo!... Como se burlaban de su amor, de su honradez, de su recta intención. Amaba, y por que amaba se veía insultado é injuriado, no necesitaba el dinero del banquero por que jamás había ambicionado riquezas y su carrera le daría más de lo necesario.

Sufrió pues el último desengaño y su alma recibió una herida honda, herida que manó sangre toda su vida, herida que llevó en sí el germen de una melancolía y tristeza de que no se vió libre jamás. Pero Alfredo era católico y pensó que esta era la voluntad de Dios y había que resignarse.

Hoy Alfredo desempeña una notaría en una importante población, no ha querido nunca casarse, jamás se le ve reír, no se ve en su rostro aquel aspecto risueño de cuando era estudiante, gusta únicamente de estar solo y entrégase á meditaciones de lo pasado, y en sus negros ojos se ve siempre una sombra indefinida de tristeza, que cuadra bien con su vestir siempre negro. A veces los amigos le dicen por que no se casa y podría vivir más acompañado y distraerse en el seno de la familia, pero él no da jamás respuesta, hace un movimiento de hombros y dice oprimiendo un suspiro: «La injusticia y necesidad de los hombres es muy grande».

Sin que jamás nadie haya podido obtener explicaciones de estas misteriosas palabras.

Margarita á su vez luchó en vano para ablandar á su padre, ni el llanto de ella, ni los ruegos de la madre pudieron mover á aquel corazón de piedra que tomaba á su hija como objeto de comercio.

La ambición estaba cegando sus ojos de tal manera que de padre pasaba á ser el opresor de su hija. Pobre Margarita su existencia fué la de un desterrado que gime y suspira por la patria que le vió nacer, arrastró siempre una vida lánguida y la dicha y la felicidad estuvieron muy lejos de ella.

Cuántas veces la ambición y el cariño mal entendido de los padres, es el principal origen de la desgracia de sus hijos.

JUAN MONTLLOR RODÓ

## NOCHE DE REYES (\*)

¡Que fiestas las de la infancia!

Angelín es un niño bello de siete primaveras, tan hermoso que bien corresponde á su nombre y único ídolo de sus padres que le aman indeciblemente. De ojos azul claros y cabellera rubia, es el encanto de cuantos le conocen, parece un serafín bajado del cielo.

\* \* \*

Es la noche de Reyes, de este día con tantas ansias esperado por todos los niños. ¡Qué ilusiones las de la niñez! Miradle, con la pluma en los dedos y una manecita en la frente, está pensando en lo que escribirá y pedirá á los Reyes Magos. Está escribiéndoles la carta: tambores, escopetas, blancos, cajitas de piedras para construcciones, dulces y muchas otras cosas, aparecían ante su imaginación que lo quiere todo.

Contemplad á su madre como con la labor en las manos, le está mirando cariñosamente y á su padre que con una sonrisa continua en los labios le está dirigiendo en aquel difícil é intrincado negocio. ¡Qué cuadros tan hermosos nos presenta la familia!

Cuando Angelín ha terminado la carta y después de haber cenado, besa á sus padres y se va á la cama á descansar no sin haber encargado encarecidamente que vayan pronto á tirar la carta. Pero no se encuentra, sin embargo, tan contento como los otros años. ¡Qué le pasará!

Cuando el niño ya estaba en la cama los papás de Angelín encomendaron en gran manera á los criados que cuidaran del niño y se fueron más que satisfechos á comprar los objetos para éste procurando complacerle en todo lo posible. Una vez estuvieron de vuelta, los prepararon

(\*) Trabajo laureado con el accésit en el Certamen celebrado entre los académicos supernumerarios.

con la mayor destreza de que eran capaces, envolviendo y reenvolviendo algunos para partise de risa cuando Angelín los desenvolviera y poniéndoles á otros grandes rótulos con dedicatorias de los Reyes Mayos. Hicieron, en fin, todos aquellos preparativos para la fiesta en que tanto se complacen los padres.

\*  
\* \*  
\*

¡Qué sueños, qué sueños los de la infancia!

Con ricos vestidos engarzados de perlas y tejidos de oro, en gigantescos camellos, acompañados de multitud de criados que tocando unos instrumentos de música deliciosa y otros guiando los carros llenos de juguetes, les precedían y seguían, venían los Reyes Magos embocando la calle, guiados siempre por la deslumbrante estrella que en aquel instante se iba á poner sobre el balcón de Angelín.

Ha llegado el momento supremo. Sus Majestades se acercan al balcón.

Pero ¡ah! en esto se le presenta á lo lejos como una pesadilla aquel niño pernicioso que continuamente le decía: «Si los Reyes, son los padres»; pero, no, no podía ser, era un fantasma que venía á distraerle por envidia.

En ese instante es cuando los padres con sumo cuidado entran en la habitación del niño cargados con un cesto de juguetes cada uno para dejarlos cerca del balcón de la habitación de Angelín. La mamá dió sin pensar un golpe á una silla, y dado el estado de ánimo con que se encontraba el muchacho, despertó: ¡Ah! exclamó... y á la mamá se le cayó el cesto al suelo y los tres quedaron como petrificados, hasta que el niño preso de una excitación nerviosa, se levantó sobre la camita y dijo:—Pues, ¿será verdad que los Reyes son los padres?

—Sí, ¡hijo mío, para ti tus padres, contestaron estos, deben ser siempre tus reyes!

JUAN M.<sup>a</sup> PONTI.

## TRADUGGIÓ LITERAL DEL HIMNE

### AVE MARIS STELLA (1)

LEMA.—Sancta Maria, ora  
pro nobis.

Estel del Mar, ¡salve!,  
De Deu Mare pura,  
Y per sempre Verge,  
Porta del cel santa.

Ja que l' Ave ohires  
De Gabriel en boca.  
La pau derramaunos,  
Mudant lo nom d' Eva.

Als presos deslliga,  
Vista dona als cegos,  
Nostres mals allunya,  
Tots los bens demanans.

Mostrat com á Mare,  
Y rébi 'ls prechs nostres  
Al que per salvarnos,  
Volgué de tu naxer.

Oh singular Verge,  
Entre totes dolça,  
Lliura nostres culpes,  
Fesnos bons y dignes.

Dónans vida pura,  
Bon camí preparans,  
Perque á Jesús sempre  
Vejem en la gloria.

Dónam al Deu Pare,  
Al Fill y al Peracle  
Eterna ilhansa,  
Igual pels tres sia.

A. M. P. I.

JOSEPH SALA BONFILL

(1) Habiendo obtenido nuestro compañero el Académico de número D. José Sala Bonfill en los últimos Juegos Florales de Barcelona, celebrados en San Martín del Canigó, el premio del Ilmo. Obispo de Vich por su traducción de lema ¡Salve! y siendo la que publicamos la única mención honorífica al premio, original del propio autor, hemos preferido dar á conocer ésta y no aquélla por la sencilla razón de que la primera está publicada en el volumen de los Juegos Florales correspondiente al año 1892 y no así ésta que es inédita.—N. de la R.